

DOS DISCURSOS DEL PRESIDENTE REAGAN: NICARAGUA Y SURAFRICA

Presentamos a continuación dos discursos pronunciados este año por el presidente Reagan, los cuales, por tratar sobre los temas más controvertidos de su política internacional, constituyen documentos de gran interés. El primero, dirigido en marzo al pueblo norteamericano, se refiere a la inminente votación del Congreso que decidiría en último término la asignación de cien millones de dólares en ayuda a las fuerzas antisandinistas que combaten contra el gobierno de Managua. Como es bien sabido, la petición gubernamental de ayuda a los "contras" fue concedida, logrando la Casa Blanca superar las fuertes objeciones de muchos congresistas.

El segundo discurso, pronunciado en julio, trata sobre el complejo tema de Suráfrica, particularmente en lo que atañe a la inconveniencia, según el presidente, de imponer sanciones económicas a Pretoria. En este caso, sin embargo, los argumentos del mandatario norteamericano no fueron convincentes, ya que el Congreso, por votación aplastante, derrotó en octubre el veto presidencial a la ley que a este respecto había sido adoptada por las dos cámaras.

NICARAGUA Y LA AYUDA A LOS SANDINISTAS

Compatriotas norteamericanos: debo hablarles esta noche acerca de un peligro creciente en Centroamérica, el cual amenaza la seguridad de Estados Unidos. Este peligro no desaparecerá; se agravará considerablemente si no tomamos medidas de inmediato.

Me refiero a Nicaragua, un aliado soviético en el continente americano, ubicado tan solo a dos horas de vuelo de nuestras propias fronteras. Con más de mil millones de dólares en ayuda suministrada por el bloque soviético, el gobierno comunista de Nicaragua se ha comprometido en una campaña tendiente a subvertir y derrocar a sus vecinos democráticos.

Utilizando a Nicaragua como base, los soviéticos y los cubanos pueden con

vertirse en el poder dominante en ese corredor crucial localizado entre América del Norte y del Sur. Una vez establecidos allí, estarán en posición de amenazar al Canal de Panamá, colocar en entredicho nuestras rutas marítimas vitales en el Caribe y, como último paso, arr emeter contra Méjico. De llegar esto a suceder, millones de latinoamericanos desesperados comenzarían a huir hacia el norte, hacia las ciudades sureñas de Estados Unidos o hacia cualquier lugar donde aún quedasen esperanzas de libertad.

El Congreso de los Estados Unidos tiene ante sí una propuesta para ayudar a contener esta amenaza. La legislación se refiere a un paquete de ayuda de US\$100 millones para los más de 20.000 combatientes de la libertad que luchan por llevar la democracia a su país y eliminar de tajo esta amenaza comunista.

Pero estos US\$100 millones no son cien millones de dólares adicionales. No les estamos solicitando siquiera cinco céntimos en nuevos aportes. Tan solo pedimos que se nos permita transferir una pequeña porción de nuestro actual presupuesto de defensa, con el fin de utilizarlo para proteger nuestra frontera sur.

Ya reunidos en Nicaragua se encuentran miles de asesores militares cubanos, contingentes de soviéticos y alemanes orientales, y todos los elementos del terror internacional, desde la O.L.P. hasta las Brigadas Rojas de Italia. ¿Por qué están allí? Porque, como ha exclamado públicamente el coronel Kaddafi, "la importancia de Nicaragua es muy grande: significa combatir a Norteamérica cerca a sus fronteras. Luchar contra Norteamérica en su puerta".

Para nuestra propia seguridad, Estados Unidos debe negar le a la Unión Soviética la posibilidad de establecer una cabeza de playa en América del Norte. Pero permítaseme dejar una cosa en claro: no me refiero a tropas norteamericanas. No se requieren; no se han solicitado. La resistencia democrática que combate en Nicaragua tan solo le está solicitando a Estados Unidos suministros y apoyo para salvar a su propio país del comunismo.

La pregunta que responderá ahora el Congreso de los Estados Unidos es muy sencilla: ¿le proporcionaremos a la resistencia democrática de Nicaragua los medios para recapturar su revolución traicionada, o le daremos la espalda e ignoraremos la malignidad de Managua hasta que se extienda y se convierta en una amenaza mortal para el Nuevo Mundo en su totalidad?

¿Permitiremos que la Unión Soviética instale una segunda Cuba, una segunda Libia, junto en la puerta de Estados Unidos?

¿Cómo puede un país tan pequeño representar una amenaza tan grande? No es Nicaragua sola la que nos amenaza, sino aquellos que están utilizando a Nicaragua como santuario privilegiado para su lucha contra Estados Unidos.

Su primer objetivo son los vecinos de Nicaragua. Con una milicia de 120.000

hombres, apoyada por más de 3.000 asesores militares cubanos, las fuerzas armadas de Nicaragua son las más numerosas que alguna vez hayan existido en Centroamérica. La maquinaria militar nicaragüense es más poderosa que la de todos sus vecinos en conjunto.

Este mapa muestra gran parte del hemisferio occidental. Permítanme mostrarles los países de América Central en donde se han hallado armas suministradas por los comunistas nicaragüenses: Honduras, Costa Rica, El Salvador, Guatemala. Radicales en Panamá —hacia el sur— han recibido entrenamiento en Nicaragua. Pero el alcance revolucionario de los sandinistas se extiende mucho más allá de sus vecinos inmediatos. En Suramérica y en el Caribe, los comunistas nicaragüenses han ofrecido su apoyo bajo la forma de adiestramiento militar, asilo seguro, comunicaciones, documentos falsos, tránsito garantizado y, en algunos casos, suministro de armas a radicales de los siguientes países: Colombia, Ecuador, Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y la República Dominicana. Pero eso aún no es todo, pues hay un antiguo slogan comunista que los sandinistas se han propuesto cumplir: el camino hacia la victoria pasa por Méjico.

Si los mapas, las estadísticas y los hechos no son suficientemente convincentes, tenemos las palabras de los sandinistas y los soviéticos mismos. Una revista norteamericana le preguntó a uno de los más altos dirigentes sandinistas si la revolución, y aquí cito, "iba a exportarse a El Salvador, luego a Guatemala, a Honduras y después a Méjico". La respuesta fue: "Esa sí es una profecía histórica de Ronald Reagan que es absolutamente cierta".

Los soviéticos no han sido menos cándidos. Hace algunos años, el entonces canciller soviético Gromyko observó que Centroamérica está "hirviendo como una caldera" y madura para una revolución. En una reunión en Moscú, en 1983, el Jefe del Estado Mayor soviético, Mariscal Orgakov, declaró: "Hace más de dos décadas solo estaba Cuba en América Latina. Hoy están Nicaragua, Granada, y se libra una seria batalla en El Salvador"

Pero no necesitamos sus citas; las fuerzas norteamericanas que liberaron a Granada encontraron miles de documentos que demostraban las intenciones soviéticas de llevar la revolución com unista al hemisferio occidental.

De manera que ya tenemos claridad sobre las intenciones de los sandinistas y de quienes los apoyan. Seamos igualmente claros en cuanto a la naturaleza de su régimen. Para comenzar, los sandinistas han revocado las libertades civiles del pueblo nicaragüense, privándolo de cualquier derecho legal de hablar, publicar, reunirse o profesar libremente su fe. Los periódicos independientes han sido clausurados. Ya no existe ningún movimiento labor al independiente en Nicaragua ni se tiene el derecho de huelga. Como lo expresó el dirigente Lane Kirkland de A.F.L.-C.I.O., "nadie que tenga ojos puede negar que Nicaragua se está lanzando de cabeza hacia el campo totalitario".

Al igual que los gobiernos comunistas en todas partes, los sandinistas han organizado asaltos contra grupos étnicos y religiosos. La única sinagoga de la capital fue profanada y bombardeada y la totalidad de la comunidad judía se vio forzada a abandonar a Nicaragua. Varias reuniones protestantes de lectura bíblica han sido dispersadas mediante allanamientos, violencia pandillera o ametralladoras. La Iglesia Católica está puesta en la mira: varios de sus sacerdotes han sido expulsados del país y sus feligreses han sido golpeados en las calles luego de asistir a la misa. El Primado católico de Nicaragua, Cardenal Obando y Bravo, ha hablado claramente: "Queremos establecer con precisión que este gobierno es totalitario. Estamos tratando con un enemigo de la Iglesia".

El pastor evangélico Prudencio Baltodano descubrió que se encontraba en la lista negra cuando un patrullero del ejército le preguntó su nombre. "Usted no sabe lo que le hacemos a los pastores evangélicos. Nosotros no creemos en Dios", le dijeron. Al pastor Baltodano lo amarraron contra un árbol, le golpearon en la frente con la culata de un rifle y le apuñalaron en el cuello con una bayoneta. Finalmente le cortaron las orejas y se le abandonó por muerto. "Mire

a ver si su Dios lo salva", le espetaron con burla. Pues sí, Dios tenía otros planes para el pastor Baltodano. Vivió para relatarle al mundo su historia, para contarla, entre otros lugares, aquí mismo en la Casa Blanca.

Podría continuar con esta pesadilla: la lista negra, las prisiones secretas, la violencia de las turbas sandinistas. Pero, como si toda esta brutalidad en casa no fuese suficiente, los sandinistas están transformando a su nación en un lugar de asilo, un puesto de mando para el terror internacional.

Los sandinistas no solo auspician el terror en El Salvador, Costa Rica, Guatemala y Honduras —un terror que el verano pasado condujo al asesinato de cuatro "marines" norteamericanos en un café en Salvador—, sino que ofrecen un santuario para los terroristas. Italia ha acusado a Nicaragua de acoger a sus peores terroristas, las Brigadas Rojas.

Los sandinistas se han involucrado en el narcotráfico internacional. Sé que todos los padres y madres norteamericanos que se preocupan por el problema de la droga se sentirán profundamente indignados al saber que altos funcionarios del gobierno nicaragüense se encuentran muy comprometidos en el narcotráfico. Esta fotografía, tomada clandestinamente en un aeródromo militar en las afueras de Managua, muestra a Federico Vaughn, edecán de uno de los nueve comandantes que gobiernan a Nicaragua, cargando una aeronave con narcóticos ilegales destinados a Estados Unidos.

No, no parece existir crimen alguno que los sandinistas no estén dispuestos a cometer: este es un régimen por fuera de la ley.

Si observamos nuevamente nuestro mapa, queda claro el porqué el tener este régimen en Centroamérica pone en peligro nuestros intereses vitales de seguridad.

A través de esta parte crucial del hemisferio occidental pasa casi la mitad de nuestro comercio internacional, más de la mitad de nuestras importaciones de petróleo crudo y una porción significativa de los pertrechos militares que tendríamos que enviar a la alianza de la OTAN en el evento

de una crisis. Estos son puntos de estrangulamiento en donde podrían bloquearse las rutas marítimas.

Centroamérica es un lugar estratégico para nuestra alianza occidental, circunstancia que siempre han comprendido los enemigos extranjeros. En la Segunda Guerra Mundial, unos pocos submarinos alemanes, operando desde bases situadas a 4,000 millas de distancia en Alemania y en la Europa ocupada, infligieron daños graves a barcos estadounidenses muy cerca de nuestra costa del sur.

En la actualidad, ingenieros del Pacto de Varsovia están construyendo un puerto de aguas profundas en la costa caribe de Nicaragua, semejante al de la base naval en Cuba que alberga submarinos de fabricación soviética. También están construyendo, en las afueras de Managua, el aeropuerto militar más grande de Centroamérica, similar a los que existen en Cuba, desde donde bombarderos de origen soviético patrullan la costa oriental de Estados Unidos, desde el estado de Maine hasta la Florida.

¿Cómo surgió de repente esta amenaza contra la paz y la seguridad de nuestros vecinos latinos y, en último término, la nuestra? Permítanme hacerles un breve recuento.

En 1979, el pueblo de Nicaragua se rebeló, derrocando una dictadura corrupta. Al comienzo, los líderes revolucionarios prometieron elecciones libres y respeto por los derechos humanos. Pero entre ellos había una organización denominada los sandinistas. La suya era una organización comunista y su apoyo a las metas revolucionarias era un simple engaño. Rápidamente y sin mayores contemplaciones, se hicieron al control total.

Dos meses después de la revolución, la dirección sandinista se reunió en secreto y, en lo que se vino a conocer como "el documento de 72 horas", se describió como la "vanguardia" de una revolución que se extendería por Centroamérica, Latinoamérica y, finalmente, el mundo. Su verdadero enemigo, según declaró, era Estados Unidos.

En lugar de hacer público este documento, los sandinistas siguieron los con-

sejos de Fidel Castro, quien les sugirió poner una fachada de democracia. Mientras Castro veía con desprecio a los elementos democráticos en Nicaragua, urgía a sus amigos nicaragüenses a que mantuviesen a algunos de ellos en su coalición —en puestos menores— como una máscara para engañar a Occidente. De esta manera, les decía Castro, pueden tener su revolución, y serán los norteamericanos quienes la financien.

Y así lo hicimos. Durante los primeros 18 meses del sandinismo, Nicaragua recibió más ayuda de Estados Unidos que de cualquier otro país. Solo cuando la máscara cayó y la cara del totalitarismo se hizo visible ante el mundo entero, la ayuda se suspendió.

Confrontado con esta amenaza emergente, en las primeras etapas de nuestra administración me dirigí al Congreso y, con apoyo bipartidista, logré obtener ayuda para las naciones que rodean a Nicaragua. Algunos de ustedes recordarán esas escenas memorables cuando el pueblo de El Salvador desafió las amenazas y el fuego de las guerrillas comunistas —guerrillas dirigidas y aprovisionadas por Nicaragua— y acudió a las urnas para votar decididamente por la democracia. Para los comunistas de El Salvador, esto constituyó una derrota humillante.

Pero había otro factor con el cual no contaban los comunistas, que promete ahora brindarle una segunda oportunidad a la libertad: los combatientes nicaragüenses de la libertad.

Sucede que, cuando los sandinistas traicionaron la revolución, muchos de quienes habían combatido contra la dictadura de Somoza literalmente se fueron al monte y, al igual que la resistencia francesa que luchó contra los nazis, comenzaron a pelear contra los comunistas del bloque soviético y los colaboradores nicaragüenses. A estas personas se les han ido sumando miles más.

Con su sangre y su coraje, los combatientes de la libertad de Nicaragua han contenido al ejército sandinista, comprándole al pueblo centroamericano un tiempo precioso. Nosotros los norteamericanos tenemos una deuda de gratitud. Al ayudar

a refrenar a los sandinistas y a sus mentores soviéticos, la resistencia ha contribuido directamente a mantener la seguridad de Estados Unidos.

Desde sus comienzos en 1982, la resistencia democrática se ha fortalecido dramáticamente. Hoy día cuenta con más de 20.000 voluntarios y sus filas se engruesan diariamente. Pero ahora las provisiones de los combatientes de la libertad se están agotando y se encuentran prácticamente indefensos contra los helicópteros cañoneros que Moscú ha enviado a Managua.

Viene ahora la prueba crucial para el Congreso de los Estados Unidos. ¿Suministrará la asistencia que requieren los combatientes de la libertad para enfrentar los tanques y las cañoneras rusas, o abandonará a la resistencia democrática en manos de su enemigo comunista?

Al responder esta pregunta, espero que el Congreso reflexione seriamente sobre qué es lo que la resistencia está combatiendo en Nicaragua. Pregúntense, ¿qué hacen soviéticos, alemanes orientales, búlgaros, norcoreanos, cubanos y terroristas de la O.L.P. y de las Brigadas Rojas en nuestro hemisferio, acampando en nuestras puertas? ¿Lo hacen en aras de la paz?

¿Por qué han invertido los soviéticos US\$600 millones para dotar a Nicaragua de unas fuerzas armadas casi del tamaño de las de Méjico, un país 15 veces más grande y 25 veces más populoso? ¿Lo hacen en aras de la paz?

¿Por qué asistió el dictador de Nicaragua, Daniel Ortega, al Congreso del Partido Comunista en La Habana y por qué apoyó la causa de Castro en pro del triunfo mundial del comunismo? ¿Fue en aras de la paz?

Algunos miembros del Congreso me dijeron, ¿por qué no negociar? Buena pregunta. Hemos buscado, y seguimos buscando, una paz negociada y un futuro democrático en una Nicaragua libre. Diez veces nos hemos reunido y hemos intentado razonar con los sandinistas. Diez veces se nos ha rechazado. El año pasado apoyamos negociaciones, por intermedio de la Iglesia, entre el régimen y la resistencia. Los soviéticos y los sandinistas respondieron

con un rápido incremento en sus arsenales de morteros, tanques, artillería y helicópteros cañoneros.

Es claro que la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia han comprendido todo lo que está en juego, debido a la importancia estratégica de Nicaragua. Los soviéticos han tomado su decisión: apoyar a los comunistas. Fidel Castro ha tomado su decisión: apoyar a los comunistas. Arafat, Kaddafi y el Ayatollah han tomado su decisión: apoyar a los comunistas. Ahora, debemos tomar nosotros nuestra decisión. Con la ayuda del Congreso, podemos evitar un resultado que afectaría profundamente la seguridad nacional de Estados Unidos.

Si fallamos, no habrá forma de evadir la responsabilidad y la historia nos lo echará en cara.

No se trata de un asunto partidista mezquino; se trata de un asunto de seguridad nacional, un asunto acerca del cual no debemos actuar como republicanos o demócratas sino como norteamericanos.

Hace cuarenta años, los republicanos y los demócratas se unieron en torno a la Doctrina Truman. Nuestra política debe ser, declaró Harry Truman, apoyar a quienes luchan por preservar su libertad. Bajo esta doctrina, el Congreso envió ayuda a Grecia justo a tiempo para salvar a dicho país de las garras de una tiranía comunista. Salvamos así la libertad en Grecia y ahora, con ese mismo espíritu bipartidista, podemos salvar la libertad en Nicaragua.

Durante los próximos días, proseguiré el diálogo con miembros del Congreso, conversando con ellos, escuchándolos, averiguando sus inquietudes. El senador Scoop Jackson, quien se ha puesto al frente de la campaña de concientización sobre el peligro en Centroamérica en el Capitolio, fue quien mejor lo expresó: en asuntos de seguridad nacional, la mejor política es no hacer política.

Saben ustedes, recientemente una de las norteamericanas más ilustres, Clare Booth Luce, dijo lo siguiente acerca de la votación que se aproxima. "Pensando en esta crisis", dijo, "mis recuerdos se remon-

tan a un momento similar en nuestra historia, durante los primeros años después de que Cuba cayó en manos de Fidel. Un día, por aquella época, almorcé en la Casa Blanca con un hombre a quien conocía desde que era un niño: John F. Kennedy. 'Señor Presidente', le dije, 'no importa cuán grande o excelso sea un hombre, la historia apenas tendrá tiempo de dedicarle una frase. George Washington: fundó nuestra nación. Abraham Lincoln: le dio la libertad a los esclavos y preservó la unión. Winston Churchill: salvó a Europa'".

'¿Y cuál cree usted, Clare' dijo John Kennedy, 'que será mi frase?' 'Señor presidente', le respondió, 'su frase será que contuvo a los comunistas — o que no lo hizo'.

Trágicamente, John Kennedy nunca tuvo la oportunidad para decidir cuál de las dos sería. Ahora, los dirigentes actuales deberán hacerlo. Compatriotas norteamericanos, ustedes saben en cuál es mi posición. A los soviéticos y a los sandinistas no debe permitirse acabar con la libertad en Centroamérica y plantear una amenaza para nuestra propia seguridad en nuestras propias puertas.

Ahora el Congreso debe decidir cuál es su posición. La señora Luce terminó diciendo, "solo esto es seguro: en el futuro, éste, el 99º Congreso de los Estados Unidos, será recordado como esos hombres y mujeres que contuvieron a los comunistas antes de que fuese demasiado tarde, o que no lo hicieron".

Esta noche, entonces, les pido que hagan lo que con tanta frecuencia han hecho en el pasado. Pónganse en contacto con sus representantes y senadores e insistentes que voten afirmativamente; pidanles que ayuden a los combatientes de la libertad; contribuyan con nosotros para que podamos impedir una toma comunista de Centroamérica.

Tan solo me restan tres años para servir a mi país, tres años para cumplir con las responsabilidades que ustedes me han encomendado, tres años para trabajar en pro de la paz. ¿Puede haber una tragedia mayor que permanecer inmóviles, permitiendo que este cáncer se extienda y dejen-

do que mi sucesor encare decisiones aún más angustiosas en los años venideros? Los combatientes de la libertad buscan una solución política. Están dispuestos a depone sus armas y a negociar para restituir las metas originales de la revolución. También es meta nuestra una democracia en donde el pueblo de Nicaragua pueda escoger a su propio gobierno, pero ello solo puede hacerse realidad si la resistencia democrática ejerce presión sobre aquellos que usurparon el poder.

Aún estamos a tiempo para hacer lo que debe hacerse, de manera que la historia diga sobre nosotros: tuvimos la visión, el coraje y el buen sentido para unirnos y actuar —republicanos y demócratas— cuando el precio no era alto y los riesgos no eran demasiado grandes. Dejamos una Norteamérica segura, protegida y libre, que pudiese seguir siendo un faro de esperanza para la humanidad, una luz para iluminar a las naciones.

Gracias y que Dios los bendiga.

LAS RELACIONES ECONOMICAS DE ESTADOS UNIDOS CON SURAFRICA:

Algunas soluciones al Apartheid

Gracias. Muchas gracias. Señor Vicepresidente, Secretario Schultz, me gustaría expresar mi consideración a Leonard Marks, al Consejo para Asuntos Internacionales y a la Asociación de Política Exterior por permitir que esta reunión se efectuara hoy. Desde hace más de un año la atención mundial se ha centrado en Suráfrica, en su honda crisis política, en su extendido ciclo de violencia. Hoy quisiera esbozar la política norteamericana hacia esa atormentada república y hacia la región de la cual forma parte, que es de crucial importancia para Occidente.

La causa básica de la convulsional situación de Suráfrica es el apartheid, un rígido sistema de segregación racial en el que a los habitantes negros se les ha venido tratando como a ciudadanos de tercera clase, en una nación que ellos mismos ayudaron a construir. La opinión que tie-

ne Norteamérica sobre el apartheid ha sido y sigue siendo clara: este sistema es incorrecto desde el punto de vista moral e inaceptable desde el punto de vista político. Estados Unidos no puede mantener relaciones cordiales con un gobierno cuyo poder descansa en la negación de los derechos a la mayoría de su pueblo por motivos raciales.

Si Suráfrica desea pertenecer al conglomerado de las naciones occidentales, debe acabar con la política del apartheid como condición previa. Estoy seguro de que los norteamericanos comparten esta convicción. En segundo lugar, el apartheid debe ser desmantelado. En Suráfrica el tiempo se está agotando para los moderados de todas las razas.

Pero si bien nosotros los norteamericanos compartimos el objetivo de lograr que Suráfrica sea un país libre y multirracial, asociado a las naciones libres de Occidente, existe un gran desacuerdo en cuanto al método para alcanzarlo. Hagamos primero un poco de historia. Desde hace un cuarto de siglo el gobierno norteamericano ha venido apartándose del de Suráfrica. En 1962 el presidente Kennedy impuso un embargo al suministro militar. En septiembre pasado yo expedí una Orden Ejecutiva que restringía en lo sucesivo las relaciones de Estados Unidos con Pretoria.

Durante los últimos 18 meses el comercio internacional ha venido suministrándole por su propia cuenta señales inequívocas a Suráfrica. Los préstamos bancarios a este país han sido virtualmente suspendidos. No se ha realizado allí ninguna nueva inversión significativa. Algunos empresarios de Occidente hicieron sus maletas y regresaron a casa. Ahora hemos llegado a una coyuntura crítica. Muchas voces en el Congreso y algunas en Europa claman para que adoptemos sanciones contra Suráfrica. La Primera Ministra de Gran Bretaña ha denunciado las sanciones punitivas como inmorales y completamente repugnantes. Bueno, permítanme decirles por qué creemos que la señora Thatcher está en lo correcto.

Las víctimas principales de un boicot económico a Suráfrica serían las mis-

mas personas a las que estamos tratando de ayudar. La mayor parte de quienes perderían su trabajo como consecuencia de las sanciones serían trabajadores negros. No creemos que la forma de ayudar al pueblo surafricano sea debilitando la economía de la cual ellos y sus familias dependen para su supervivencia.

Alan Paton, el gran escritor surafricano, quien representará durante mucho tiempo la conciencia de su país, declaró enfáticamente: "Me opongo por completo a la política de no inversión", y agregó, "es debido principalmente a una razón de tipo moral. Aquellos que serán más afectados con la no inversión serán los trabajadores negros de Suráfrica. Yo tomo muy en serio las enseñanzas de los Evangelios, en particular las parábolas que llaman a dar de beber al sediento y a dar de comer al hambriento. No contribuiré a causar alguno de estos sufrimientos a ninguna persona negra". Tampoco nosotros lo haremos.

Si observamos el mapa, África del Sur es una sola unidad económica, ligada por ferrocarriles y carreteras. Los alimentos y el petróleo de Zaire y de su región minera sureña dependen en tres cuartas partes de Suráfrica. Más de la mitad de la energía eléctrica que se utiliza en la capital de Mozambique procede de este país. Más de la tercera parte de las exportaciones de Zambia y el 65 por ciento de las de Zimbabwe salen del continente por los puertos surafricanos. Sus minas emplean 13.000 trabajadores procedentes de Swazilandia, 19.000 de Botswana, 50.000 de Mozambique y 110.000 del diminuto y encerrado Lesotho.

Cerrar estas productivas minas mediante la imposición de sanciones sería despojar a los mineros negros de su trabajo y obligar a sus familias a retornar en la miseria a sus países de origen.

No creo que el pueblo norteamericano esté de acuerdo con hacer algo así. Como señaló hace poco un líder africano, el sur de África es como una cebra: si las franjas blancas son heridas, las franjas negras también mueren. Las naciones occidentales han vertido miles de millones de

dólares en ayuda externa y préstamos para inversión en el sur del continente. ¿Tiene algún sentido que con una mano ayudemos a estos países y con la otra deshagamos el engranaje industrial del cual depende su futuro?

Donde quiera que los negros luchen por conseguir igualdad de oportunidades, salarios más altos, mejores condiciones de trabajo, sus amigos más cercanos serán los empresarios norteamericanos, británicos, franceses, alemanes y holandeses, quienes llevan a Suráfrica las ideas de justicia social concebidas en sus propios países. Si es aprobado el cese de la inversión, estas fuerzas progresistas o occidentales abandonarán el país y los propietarios surafricanos podrán adquirir a precios de liquidación sus fincas y fábricas, sus intalaciones y minas. ¿Cómo podrá eliminarse así el apartheid?

Nuestra propia experiencia nos enseña que la integración racial sobreviene en forma más rápida y fácil en tiempos de prosperidad y crecimiento y no durante la depresión económica. Nuestra propia historia nos enseña también que el capitalismo es el enemigo natural de instituciones feudales tales como el apartheid.

Sin embargo, compartimos la indignación que los norteamericanos sienten ahora. Noche tras noche, semana tras semana, la televisión nos trae informes sobre la violencia ejercida por la Fuerza de Seguridad de Suráfrica, que hiere y asesina a manifestantes pacíficos y a espectadores inocentes. Más recientemente, hemos leído sobre los ataques violentos de los negros a sus congéneres. Conocemos también el terror sistemático ejercido por elementos pertenecientes al Congreso Nacional Africano: la colocación de minas en las carreteras y de bombas en lugares públicos, con la idea de atraer una mayor represión, la imposición de la ley marcial y, eventualmente, la creación de condiciones para que se desarrolle la guerra interracial.

El método de terror más utilizado es el llamado *collar*. Esta bárbara forma de represalia consiste en colocar un neumático lleno de gasolina y kerosene alrededor del cuello de un supuesto colaborador y después prenderle fuego. La víctima

puede ser un policía negro, un maestro, un soldado, un funcionario público — no importa de quien se trate, la atrocidad busca aterrorizar a los negros para que terminen con toda cooperación interracial y para tratar de polarizar a Suráfrica, como un preludio de la batalla decisiva por el poder.

Este gobierno del sur del continente tiene el derecho y la responsabilidad de preservar el orden frente a los terroristas, en defensa de su sociedad y de su pueblo; pero con sus tácticas el régimen solo está propiciando la caída acelerada en un baño de sangre. Los sectores moderados están cada vez más atrapados entre la intimidación de los jóvenes radicales y las bandas de extrema derecha. El estado de emergencia, decretado por el gobierno, se ha extendido más allá de lo necesario. Este también se colocó por fuera de la ley al arrestar a miles de estudiantes, líderes cívicos, religiosos y laborales, contribuyendo así a una posterior radicalización.

Dichas medidas represivas no le brindarán a Suráfrica ni la paz ni la seguridad.

Resulta trágico que la mayoría de los norteamericanos solamente vea o lea acerca de los muertos y heridos de Suráfrica causados por el terrorismo, la violencia y la represión, ya que detrás de las terribles imágenes de la televisión se esconde otra verdad. Suráfrica es una sociedad compleja y diversa, en estado de transición. Cada vez un mayor número de sus habitantes ha llegado a aceptar que el cambio es esencial, si se quiere sobrevivir. La comprensión de que el apartheid debe quedar en el pasado llegó finalmente a Pretoria, aunque en forma difícil y tardía.

En los últimos años ha habido un cambio crucial. A los trabajadores negros se les ha permitido la organización, la negociación colectiva y la construcción del movimiento sindical libre más fuerte de todo el África. Las infames leyes que restringían la circulación a los negros fueron derogadas, así como lo fueron muchas de las leyes que le negaban a los negros el derecho a vivir, trabajar y adquirir propiedades en las ciudades surafricanas. Alrededor de 6 millones de negros han recuperado

la ciudadanía de la cual equivocadamente fueron despojados. La segregación en las universidades y lugares públicos ha ido disminuyendo. Las leyes sociales del apartheid que proscribían las relaciones sexuales y los matrimonios interraciales ya fueron derogadas.

Los extremistas han denunciado al presidente Botha como traidor por haber ordenado personalmente estas reformas. Debemos tener en cuenta, tal como nos lo recuerda el historiador británico Paul Johnson, que Suráfrica es tanto un país africano como un país occidental. Al revisar la historia del continente en el cuarto de siglo transcurrido a partir de su independencia, este historiador no considera la situación actual de Suráfrica como un fracaso. Dice al respecto: "Los ingresos reales de los negros han ascendido en forma sustancial solamente en Suráfrica. En el sector minero los salarios de los negros se han triplicado en términos reales durante la última década. Este es el único país africano en donde se ha desarrollado una gran clase media negra", y agrega: "casi con seguridad, ahora existen más mujeres negras profesionales en Suráfrica que en el resto del continente considerado en su conjunto".

A pesar de la política del apartheid, decenas de miles de africanos negros, procedentes de los países vecinos, emigran a Suráfrica para escapar de la pobreza y beneficiarse con las oportunidades brindadas por una economía que produce cerca de la tercera parte del ingreso de todo el África del sub-sahara.

Es una tragedia que la actual crisis haya detenido el progreso social y económico. Aún en la Suráfrica contemporánea, anterior al estado de emergencia, en buena medida existía la libertad de palabra, de prensa y de religión. Es verdaderamente difícil encontrar un país del bloque soviético, o muchos en Naciones Unidas, en donde se permitan críticas políticas tan abiertas como las que han formulado francos críticos del gobierno surafricano.

De acuerdo con los patrones occidentales, Suráfrica se encuentra todavía abajo, muy abajo en la escala de justicia

económica y social. Sus medidas tendientes a dismantelar el apartheid no deben terminar ahora. El estado de emergencia debe ser levantado. Debe darse una apertura en el proceso político. Ya es tiempo de que los negros de Suráfrica tengan voz en su propio gobierno. No puede volverse atrás.

En la sociedad multirracial que conforma a este país, ninguna raza en particular puede monopolizar las riendas del poder político. Los negros, con sus iglesias, sus organizaciones y sus nacionalistas genuinos tienen que desempeñar un papel legítimo en el futuro de su país. Pero el gobierno de Suráfrica no tiene la obligación de negociar este futuro con una organización que proclama como meta la creación de un estado comunista, y que además se sirve de las tácticas terroristas y de la violencia para lograrlo.

Al observar la violencia racial y el odio, muchos norteamericanos se preguntan, en forma comprensible, por qué no nos lavamos las manos y nos marchamos de ese país sangrante y de ese continente trágico. Pues bien, la respuesta es que no podemos hacerlo. En el sur de África nuestros ideales nacionales e intereses estratégicos van juntos. Suráfrica es importante, porque nosotros creemos que todos los hombres son creados iguales y son dotados por su Creador de derechos inalienables. Suráfrica cuenta para nosotros por tratarse de quienes somos. Uno de cada ocho norteamericanos puede rastrear sus ancestros en África.

Desde el punto de vista estratégico, esta es una de las regiones más importantes del mundo. Por el Cabo de la Buena Esperanza pasa el petróleo del golfo Pérsico, indispensable para las economías industrializadas de Europa Occidental. El sur del continente en general y Suráfrica en particular son depósitos de muchos minerales vitales —vanadio, manganeso, cromo, platino— de los cuales Occidente no posee otra fuente segura de suministro.

La Unión Soviética no es ajena a lo que está en juego en la región. Diez años atrás, Moscú instaló un régimen cliente suyo en Angola, utilizando un ejército de

mercenarios cubanos sumistrado por Fidel Castro. Actualmente los soviéticos están proveyendo al régimen con las armas que necesita para combatir a la UNITA, un movimiento de liberación negro que lucha para que los angoleños obtengan el derecho de participar en el gobierno, el mismo derecho por el cual luchan los surafricanos negros.

El apartheid amenaza nuestros intereses vitales en el sur del continente porque está arrastrando a los países vecinos al torbellino de la violencia. Durante los últimos 18 meses las fuerzas del gobierno surafricano han irrumpido en los estados colindantes. Reitero nuestra condena a tal comportamiento.

Por otro lado, las guerrillas del Congreso Nacional Africano, armadas por los soviéticos y que operan tanto en Suráfrica como desde otros países vecinos, han desatado nuevos actos de terrorismo dentro del territorio surafricano. También condeno ese comportamiento.

Pero el régimen de Suráfrica no puede culpar de estos problemas a los estados vecinos, en especial cuando estos adoptan medidas para frenar las actividades guerrilleras que se preparan en sus respectivos territorios. Si esta creciente hostilidad que existe en el sur del continente entre Pretoria y los estados de la Línea Frontal llegara a estallar, la Unión Soviética sería el primer beneficiado, y tanto el crucial corredor oceánico de Suráfrica como los minerales estratégicos de la región correrían peligro.

Sería entonces una muestra de insensatez histórica por parte de Estados Unidos y de Occidente castigar a Suráfrica, dejándose llevar por la angustia, la frustración y la ira. Sin embargo, en último término, el destino de ese país se decidirá allá y no aquí. Nosotros los norteamericanos estamos listos a colaborar, pero el que Suráfrica emerja libre y democrática, o siga un curso que la lleve por una espiral descendente de pobreza y represión, será finalmente su decisión, no la nuestra.

La clave del futuro está en manos del gobierno de ese país. Así como apremio a las naciones occidentales para que mantengan su comunicación y sus vínculos con Su-

ráfrica, también le insisto al señor Botha para que no se aisle ni interrumpa su relación con Occidente. Los norteamericanos y los surafricanos nunca han sido enemigos y nosotros comprendemos la aprensión, el miedo y la preocupación de todo su pueblo. Pero el fin del apartheid no significa necesariamente el fin de la seguridad social, económica y física de la población blanca en el país que aman y a cuya construcción han sacrificado tanto.

A la población negra, a la de color y a la asiática de Suráfrica, durante tanto tiempo consideradas como sujetos de segunda y tercera clase, solo puedo decirles: ustedes tienen en Estados Unidos a un aliado en sus esperanzas de libertad, justicia social y auto-determinación. Mantengan sus deseos de paz y reconciliación y nosotros haremos lo que esté de nuestra parte por conservar abierta esa vía. Entendemos que detrás de la furia y el resentimiento que se percibe en los poblados se esconde la memoria de verdaderas injusticias impuestas a generaciones de surafricanos. Aquellos a quienes se hace mal, frecuentemente pagan con mal, escribió el poeta.

Pero si el pueblo de Suráfrica ha de tener un futuro en un país libre, en el que se respeten los derechos de todos, debe deponer su deseo de un justo castigo. De lo contrario, el futuro se perderá en una querrela sangrienta en torno al pasado. Sería una muestra de arrogancia insistir para que las ideas e instituciones singulares norteamericanas, enraizadas en nuestra propia historia y tradiciones, sean transplantadas al territorio surafricano. Las soluciones a la crisis política de ese país deben provenir de sus propios habitantes. Los negros y los blancos, los de color y los asiáticos cuentan todos con sus tradiciones propias.

Pero permitanme resumir los que para nosotros constituyen elementos indispensables en el avance hacia la paz política.

Primero, debe establecerse un plan para eliminar las leyes del apartheid.

Segundo, deben liberarse todos los prisioneros políticos.

Tercero, Nelson Mandela debe ser liberado para que pueda participar en el proceso político del país.

Cuarto, los movimientos políticos negros deben ser permitidos.

Quinto, tanto el gobierno como sus oponentes deben iniciar un diálogo sobre la constitución de un sistema político basado en el consenso de los gobernados y en el que los derechos de las mayorías, las minorías y los individuos sean protegidos por la ley. El diálogo debe iniciarlo aquel que tiene poder y autoridad, es decir, el mismo gobierno de Suráfrica.

Sexto, si la Suráfrica posterior al apartheid ha de seguir siendo la locomotora económica del sur del continente, no podemos debilitar su fuerte y desarrollada economía. Por ello, solicito al Congreso y a los países de Europa Occidental que se resistan a este clamor emocional de adoptar sanciones punitivas. Si el Congreso las impone, destruirá la flexibilidad norteamericana, anulará nuestra influencia diplomática y ahondará la crisis. Los norteamericanos, que representan una fuerza para la decencia y el progreso en el mundo, deben seguir involucrados en ese país para que exista una diferencia.

Debemos quedarnos y trabajar, en lugar de suspender nuestras actividades y salir corriendo. Nuestra política en Suráfrica debe ser la de edificar, no la de derribar. Con frecuencia en el pasado, llevados por la ira, la frustración y la impaciencia, hemos dado la espalda a regímenes defectuosos, y con ello solo logramos contemplar el desastre que sobreviene después. A aquellos que nos dicen que lo correcto desde el punto de vista moral es el embargo a la economía surafricana y el castigo a ese país, deben explicarnos con exactitud qué creen ellos que vendrá en cambio. ¿Qué poder extranjero llenará el vacío si los vínculos de Suráfrica con Occidente se rompen?

Para que nuestra política sea efectiva, sin embargo, debe coordinarse con nuestros principales aliados occidentales y con los estados de la Línea Frontal en el sur del continente. Estos son los más preocupados por la situación y quienes pueden ejercer una mayor influencia potencial sobre ella. Yo me propongo dar los siguientes pasos:

El Secretario Schultz acaba de iniciar un proceso de intensas consultas con nues-

tros aliados occidentales, cuyas raíces y presencia en Suráfrica son mayores que la nuestra, con respecto a los caminos para iniciar las negociaciones internas. Queremos que el proceso se inicie ahora, así como que se garantice la apertura de los canales para todos los partidos principales. Las naciones occidentales claves deben obrar de común acuerdo y así juntos podremos establecer la diferencia.

Apoyamos por completo los esfuerzos que actualmente adelanta el gobierno británico por revivir las esperanzas de negociación. Las visitas del Canciller Howe a los líderes surafricanos, efectuadas durante esta semana, tendrán un particular significado.

En segundo lugar, le pido a los líderes de la región que se unan a nosotros en la búsqueda de una futura África del sur en donde todos los países vivan en paz y cooperación. Suráfrica es la nación africana a donde llegó primero la revolución industrial. Su economía es un motor poderoso que puede conducir al sur del continente a un futuro próspero. Las otras naciones del sur de África, desde Kinshasa hasta el Cabo, son ricas en recursos naturales y humanos.

Tercero, he ordenado al Secretario Schultz y al director de la AID McPherson que emprendan un estudio sobre la asistencia de Estados Unidos al sur de África, con el fin de determinar qué debe y puede hacerse para expandir el comercio, la inversión privada y las posibilidades de transporte de las naciones de la región que no tienen acceso al mar. Durante los últimos cinco años hemos suministrado casi mil millones de dólares en asistencia a los países vecinos de Suráfrica y este año esperamos darle a la población negra de ese país \$45 millones de dólares adicionales. Estamos determinados a seguir comprometidos diplomática y económicamente en todos los estados del sur del continente que deseen mantener relaciones constructivas con Estados Unidos.

Esta administración no solo está en contra de la imposición de amplias sanciones económicas y de la política del apartheid, sino que está también en favor de una

nueva Suráfrica, una nueva nación en la que no se destruya todo lo que se construyó durante varias generaciones; una sociedad donde toda la población tenga acceso a la participación en la vida social, cultural y política; una nueva Suráfrica que retorne a la familia de las naciones libres a la cual pertenece.

Para lograr este objetivo, necesitamos que Occidente no se retire sino, por el contrario, que su comunidad empresarial se involucre aún más, como agente del cambio, del progreso y del desarrollo. Esta comunidad internacional no solo debe ser apoyada sino fortalecida en Suráfrica. Todos nos pondremos al frente de esta tarea.

Si queremos impulsar el proceso de transformación, uno de los mejores medios para lograrlo será la vinculación de los surafricanos negros a los negocios, a las actividades laborales y a los sindicatos. Pero el objetivo de lograr una vida mejor no podrá alcanzarse mientras el apartheid subsista y en Suráfrica reine la inestabilidad. Si los pueblos del sur del continente quieren prosperar, es necesario que los líderes y la población multirracial de la región co-

loquen sus intereses comunes por encima de sus diferencias étnicas.

Ni nosotros ni nuestros aliados podemos impartir órdenes a una nación soberana — ni tampoco lo intentaríamos. Pero si podemos ofrecernos a tratar de encontrar una solución que sea justa para todo el pueblo de Suráfrica. Podemos colaborar de buen grado para que se inicie el diálogo entre los líderes de las diversas facciones y grupos integrantes de la población de este país. Podemos también opinar y aconsejar y dejar muy en claro a todos que allí somos los amigos del conjunto del pueblo surafricano.

En esa atormentada tierra todavía queda abierta una puerta al cambio pacífico. Por cuánto tiempo, no lo sabemos. Pero nosotros en Occidente, ciudadanos privilegiados, prósperos y libres, no seremos quienes la empujemos para cerrarla. Ha llegado el momento de la reconciliación. El pueblo multirracial de Suráfrica merece una oportunidad para construir un futuro mejor. No debemos negarle o destruirle esa oportunidad.

Gracias.